

# LA CENTRALIDAD DE LA UNIVERSIDAD

Toda lectura requiere de una interpretación. Recientemente leía que en un libro se genera una dialéctica entre las intenciones del autor que se enfilan por determinados rumbos y las de los lectores que emanan de otros. En ese encuentro de rumbos se construyen múltiples significados de un texto. En las siguientes líneas voy a dar cuenta de algunos de ellos. Mauricio Beuchot, en sus diversos estudios sobre hermenéutica expresa que un texto tiene su propia textualidad, la que emana de los términos en los que se encuentra escrito, la que es el resultado de la gramática y sintáctica en la que se encuentra estructurado. Sin embargo, cuando el texto forma parte de una lectura, esto es, cuando el texto es objeto para otro, esa gramática se transforma a través del conjunto de interrogantes, conceptualizaciones, intereses que el lector le imprime a su acercamiento al mismo. ¿Cuáles son las razones por las que se elige leer un libro, un artículo? En la sociedad de la información una lectura es una elección, toda elección implica una exclusión, esto es se elige acercarse a un texto en exclusión de muchísimos más. La misma preparación de esta intervención se realiza en el marco conceptual –foucaultnariamente discursivo– que uno ha construido en muchos años, y donde uno tiene claro, lo que no está, o porque uno no lo comparte, o porque es materialmente imposible “dominar” todos los enfoques, acercamientos, conceptualizaciones que a uno le gustaría.

Sin embargo, Beuchot insiste en que la primera visión de la hermenéutica –la que se queda en la textualidad del texto– sólo lleva a una visión escatológica, mientras que la segunda perspectiva –la que emana sólo del sujeto– puede llevar sólo a un subjetivismo. Es la interacción, es el encuentro entre aquello que el autor desea expresar y aquello que el lector pregunta o alcanza a “leer” que se conforma una nueva red de interpretaciones, donde surgen no sólo nuevas formas de comprensión, sino nuevas interrogantes, distintas perspectivas para poder comprender un hecho, “en nuestro caso la universidad”.

Resulta interesante releer un texto. Mi primer contacto con este libro se da cuando fui invitado (en mi perspectiva) designado (en la institucional) para participar en el examen de grado de Eduardo Ibarra. En ese momento encontré una investigación sólidamente construida, en la que se observaba un tratamiento riguroso y serio de un autor que venía trabajando el tema universitario desde la teoría de las organizaciones.

¿Cuál es el interés central del autor? La primera intención de mi lectura fue buscar cuál era su propuesta sobre la universidad y cómo habían evolucionado sus planteamientos, en función del conocimiento que tengo de su obra anterior, la de 1993 *La universidad ante el espejo*

ÁNGEL DÍAZ BARRIGA\*

\* Investigador y director del Centro de Estudios sobre la Universidad. UNAM. Correo e: adbc@servidor.unam.mx

Eduardo Ibarra Colado. *La universidad en México hoy: gubernamentalidad y modernización*, México, UNAM/UAM/ANUIES, 2001.

*de la excelencia*, que en su momento constituyó un aporte valioso para el análisis del proceso de modernización de la universidad en los noventa. Este interés inicial es frustrado muy pronto ya que este libro se encuentra construido desde otros interrogantes. Precisamente es un interrogante el que se encuentra en la primera línea del primer capítulo “¿Cómo pensar la universidad en México hoy?” Más allá de las resistencias de un lector por imponer sus interrogantes a un libro —finalmente todos tendemos a ubicar a los autores en un lugar imaginario, “su lugar” o “el lugar” que deben ocupar (así leemos a Freud, Weber o Foucault). El libro que ofrece Ibarra está escrito sobre otro interés. Ya desde aquí el autor empieza a mostrar “una rebeldía” conceptual que se incrementará a lo largo de los otros capítulos del mismo.

De esta manera podemos afirmar que *La universidad en México hoy*, es un libro que parte de la intención central de analizar y realizar un balance sobre las principales tendencias, actores, comunidades y temáticas con los cuales se elaboran los conocimientos (o los saberes) sobre la universidad, tomando como temporalidad lo que se ha producido entre 1986-1996.

En estricto sentido se trata de la elaboración de un estado del conocimiento, el autor delimita un periodo de diez años, 1,391 documentos (entre libros, tesis, capítulos en libro, ponencias) escritos por 690 autores. Es frente a esta producción que el autor realiza una construcción conceptual como un instrumento para ordenar y ofrecer una interpretación de la forma como se construyen los “saberes” sobre la universidad. En este tema es enfático, no se trata de hacer ni una arqueología de saberes, ni una genealogía de poderes, su pretensión es más “modesta” (en expresión de Ibarra) se trata “sólo” de ofrecer un análisis de saberes que permita reconocer cómo se conoce sobre la universidad, de qué problemas dan cuenta estos saberes, como adquieren existencia. Ibarra propone también analizar “cómo se produce ese saber”, y “qué características tienen quienes lo producen”. De esta manera, intenta, a través de un sistema sofisticado de citas, o bien de procedencia institucional realizar diversas afirmaciones con relación al llamado “núcleo básico” de autores que trabajan el tema.

La comunidad de investigadores en educación se encuentra precisamente en este momento construyendo diversos “estados del conocimiento” de un poco más de cerca de 30 campos temáticos. A través del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE) busca dar cuenta de la forma como se investigan diversos temas en el país. Este libro muestra una forma compleja de hacerlo.

En este punto se empieza a desplegar conceptos diversos que permiten ofrecer variadas interpretaciones sobre la forma como se aborda el tema universidad (valdría la pena preguntarse si todos los documentos referidos siguen considerando universidad como equivalente, o como la instancia privilegiada de la educación superior), de igual forma se

ofrecen distintos tipos de análisis sobre el material identificado.

Una primera reflexión que encontramos es que los textos (los discursos) constituyen una forma de ordenamiento de la realidad universitaria, surge en la reflexión foucaultniana de Eduardo un cuestionamiento ¿hasta dónde estos saberes sólo constituyen un ordenamiento formal de la universidad?, ¿hasta dónde estos saberes se convierten en discurso el cual se encuentra de alguna forma alejado de la dinámica real de esas instituciones, o bien esos saberes formales no alcanzan a describir esa dinámica?

Más allá de lo valioso que imprime el sesgo de la “negatividad” —en el sentido de Adorno— me temo que es necesario reconocer que no existe otra opción. Sólo a través de esos saberes, de esos discursos podemos pensar la institución. Freud, en el *Malestar de la cultura* (1930) manifiesta que ésta sólo es posible gracias a la palabra, así expresa que el primer acto de cultura en la historia de la humanidad aconteció, cuando el ser humano pudo expresar su enojo con un “insulto” y no con un golpe, esto es, cuando se logró colocar una palabra donde antes existía una acción. Así la palabra (verbal o en nuestro caso escrita) constituye una forma necesaria de cultura. A la larga se convierte en indispensable para poder estructurar el conocimiento. También conviene recordar que Kant considera que sólo a partir de los conceptos se puede realizar el acto de conocimiento. Estos conceptos pueden ser simples y tangibles, como árbol, casa, aire o viento, o complejos e intangibles como universal, único, dilema. Pero el ordenamiento del mundo, de la realidad, de los temas, como en nuestro caso los estudios sobre “la universidad” requieren de una formulación de conceptos. Sólo a partir de ellos se puede realizar un acto de pensamiento. Ciertamente un tema que reclama mayor elucidación es cómo se pueden conformar diversas lógicas en el tratamiento de tales conceptos, sin negar la perspectiva que abrió el psicoanálisis para reconocer que el Inconsciente se encuentra estructurado como un lenguaje, con su lógica y procesos propios —que no necesariamente son los del yo o del consciente— precisamente porque carece de “palabra” de ese nivel. Mucho me temo que esto último no es el caso de los saberes sobre la universidad.

El estudio que encontramos en Ibarra lo podemos tipificar de complejo, no denso, pero requiere de una lectura analítica, ya que ofrece una serie de acercamientos diversos y realiza múltiples niveles de análisis.

En un acercamiento inicialmente cuantitativo Ibarra afirma que los estudios sobre la Universidad muestran una fragilidad. Esta fragilidad es el resultado de que la mayoría de los textos que fueron revisados por el autor, el 92 % están compuestos por artículos, capítulos de libros y ponencias. Sólo un 8% se refieren a estudios de más largo alcance como libros, tesis o documentos. A ello se puede añadir que el 77% de los autores del material identificado en esos diez años sólo cuenta con un trabajo, lo que puede significar, que tales publicaciones no forman

parte de una línea consolidada de investigación de tales autores, o bien, que no se trata de investigadores establecidos. De igual forma, identifica que la mayoría de la producción se encuentra circunscrita a la zona metropolitana y a los grupos que se han establecido en ella.

Cuando las interrogaciones son más temáticas se van identificando diversos sistemas de análisis. Uno de ellos guarda relación con una tríada en la cual los vértices de este análisis son “entender los modos de ordenamiento de la universidad”, “establecer los rasgos de identidad de los actores” haciendo algunas inferencias sobre sus relaciones de “comunidad” –quizá lo inexistente en el periodo y reconocer “una ausencia de la dimensión organizacional”.

El primer vértice se desagrega en dos tipos de análisis: cubiertas de estudio y dominios temáticos. De las llamadas cubiertas de estudio se desprenden un conjunto de señalamientos que caracterizan los estudios analizados sobre la universidad. Uno de ellos es la centralidad de los saberes de universidad como núcleo de la educación superior, pero en cierto sentido desconociendo la especificidad de ésta última; centralizada como estudios referidos a las instituciones del centro (UNAM, UAM); centralidad como doble centro que origina que los estudios, no sólo sean de las instituciones del centro, sino se refieran a la UNAM como la institución universitaria en el país; y centralidad que permite analizar el presente, el hoy de la universidad.

Varios interrogantes se imponen en esta situación. ¿Cuáles son las razones por las que se conserva entre los especialistas de la educación superior una tradición que equipara universidad a educación superior?, máxime cuando la tendencia de la política educativa es fortalecer el desarrollo de las instituciones de educación superior.

De igual forma es necesario preguntarse ¿Cuáles son las razones que han llevado a que en la zona metropolitana y en las instituciones metropolitanas se hayan conformado grupos vinculados los estudios de la universidad? Los que trabajamos en estos ámbitos reconocemos que conformar un grupo de especialistas, establecer una dinámica de trabajo requiere de un significativo esfuerzo institucional. Si atendemos a las trayectorias de diferentes grupos podemos llegar a la conclusión que no son el resultado de un esfuerzo aislado, que no son el resultado de uno o dos años de trabajo, sino que su conformación requiere de colocar institucionalmente miras de mediano plazo. En esta perspectiva quizá la falta de estudios organizacionales adquiere una dimensión importante. La conformación de estos trabajos requiere no sólo de la formación de especialistas –tema de mediano plazo, sobre el cual existen cada vez más una serie de prescripciones: promover una formación temprana de estudios de doctorado, buscar la integración a una comunidad (seminario o grupo de trabajo) y posponer la contratación hasta que se ha obtenido el grado y se muestran rasgos de investigación. De la misma forma, esta dinámica institucional requiere de generar condiciones de infraestructura que permitan la realización de trabajos

de investigación: biblioteca, cómputo, Internet; así como condiciones para asistir a congresos, encuentros, etc. Un tema fundamental es lograr una dinámica institucional que favorezca el trabajo de investigación: conformación de grupos, espacios institucionales para la definición de líneas de investigación, presentación y discusión de proyectos y avances, así como la dictaminación y publicación de resultados. En última instancia, la pregunta también es: ¿Por qué las instituciones de educación superior, y en particular, las universidades de las diversas entidades federativas, así como los propios gobiernos estatales no han logrado en conjunto promover todo ello?. La respuesta no se puede reducir a la crisis de financiamiento –tema que ineludiblemente se encuentra presente– sino también a una definición de prioridades.

Esta centralidad lleva a otra pregunta ¿Cuál es el papel de la UNAM –como objeto de estudio– y cómo institución de referencia para la nación? Más allá, de un cierto centralismo y protagonismo que se puede imputar a esta institución, también será necesario realizar otras consideraciones. En un esquema pequeño será necesario reconocer los esfuerzos institucionales por impulsar la investigación sobre la educación superior (su pasado, presente y futuro) que sin lugar a dudas ha posibilitado el establecimiento de instituciones y grupos que se abocan a esta tarea. La preservación de la investigación –prácticamente en todos los campos del conocimiento– forma parte sustantiva de la vocación de la UNAM.

Sin embargo, para entender esta centralidad también será necesario analizar el papel que le ha sido asignado en el conjunto de las instituciones de educación superior del país y de las instituciones de cultura.

Por muy diversas razones, la UNAM se ha convertido en un paradigma en la política nacional. En los últimos 30 años es la referencia para definir los aumentos salariales (a personal académico y administrativo), en esos mismos años se ha demostrado que es el espacio que tiene la sociedad mexicana para buscar influir en un cambio en la dinámica, política o función de la educación superior. De esta manera, en la institución se iniciaron procesos de sindicalismo que posteriormente se generalizaron con diversos resultados en el ámbito nacional; diversas resistencias a un proyecto de modernización se han expresado en los dos últimos movimientos estudiantiles (1987 y 1999/2000). Todos los sectores de la sociedad (gobierno, partidos, grupos empresariales, grupos sociales) buscan una expresión en la dinámica de la institución. Todo ello, la convierte en paradigmática. Paradigmática no significa “la mejor”, tampoco “la más vinculada con el proceso de modernización”, significa lo que estamos expresando que tiene un papel decisivo en la vida nacional. Todo ello se entrelaza en los diversos programas que ha impulsado –unos con mayor éxito que otros– para enfrentar los procesos de competencia que se empiezan a vislumbrar en el escenario de la educación superior mexicana.



## LA CENTRALIDAD DE LA UNIVERSIDAD

Todo ello explicaría la doble centralidad a la que se hace referencia en el texto. Sin embargo, también debo expresar mis dudas sobre de ello. Dudas sobre si un porcentaje significativo de los documentos que se refieren a la universidad tienen como objeto de estudio la UNAM, cuando se buscan estudios sobre determinados temas, se observa que esto no es tan claro.